

A una mujer fantasma

Andrés Dickinson



Capítulo 1

I

Conduje la barca de mi vida por los ríos
de tu ausencia en tanto mi yo hablaba al desencanto,
y no quise verte a ti entonando el negro canto
del olvido en el origen de mis desvaríos.

Descansada, en el trono de la melancolía
está tu imagen, blanca como las mil auroras
que nunca vieron el cadáver de nuestras horas.
Subo los peldaños de un pasado que dolía,

huérfano de ti, ciego por la ruta de invierno
cosechada en el silencio de tus suaves labios.
He andado los caminos del recuerdo insepulto,

merodeando una flor marchita como el tierno
infante que se hizo peregrino de astrolabios;
he andado un sendero que en mi pecho ha estado oculto.

Capítulo 2

II

Paloma o torcaz, no importa la fragilidad
de la belleza. Mis manos te han acurrucado
desde que caíste del cielo en tu agilidad
de viento o de soplo como un inusual recado

de los dioses a mi alma, cuya luz nunca has visto.

Eras una gaviota que cazaba de noche.

Cerca, o en lo más profundo, sonaba un mar provisto
de melodías cercanas a la voz del toche.

Eras tú trepando el monte donde se ocultaba
mi inocencia, tan pequeña; llovías tu canto
de alegría al ritmo del amor, pequeño espanto.

Y de ser un dichoso, pasé a girar la aldaba
de la sombra que nos despidió para volver
jamás a la gloria que he estado por resolver...

Capítulo 3

III

La vida me concedió la divina esperanza
de los bosques que persisten de pie en la tormenta.

Entre los dos, como un espejo de magia lenta,
tejimos una franela de silencio a usanza

de nuestra despedida. No miramos atrás,
pese a que plasmamos en los labios garabatos
con los besos que nos dimos, leves, insensatos.

Tu canto, mi risa de niño... Yo un alcatraz

varado en altamar. No supimos retornar
luego de bifurcar el terreno que pisamos.
Aun así, tu recuerdo no deja de adornar

de fantasías mi viaje por el amplio mundo.

Te guardo entre mis manos, en silencio adoramos
mi niño y yo tu canto que no cesa, profundo.